

Raquel Forner*

Antonio Berni

Vivimos una época en que los hombres se definen en dos categorías: unos que viven diciendo no a los crímenes e injusticias del mundo y otros que mienten y asesinan entre indiferentes y en nombre de estos indiferentes. Es la mayor contradicción entre los hombres cuya solución empieza en el plano moral y termina en la acción práctica.

El hombre acorralado por la acechanza económica, sin disponer libremente de la naturaleza, tiranizado por una sincronización de su tiempo y sin evasión sentimental, vive en la alternativa de acomodarse a la tragedia o llegar al heroísmo de negarla por la acción y el pensamiento.

En el intelectual siempre existió una moral condicionada por su época; sabemos que nunca hubo concepciones idénticas ni jamás todos los hombres pensaron lo mismo sobre el bien y el mal ni sobre lo superior y lo inferior. Pero lo cierto es que cuando lo fundamental del individuo se pone en juego, cuando a éste ya no le queda ni la posibilidad de evasión lírica, porque hasta los sueños son controlados, entonces todos sus resortes morales, junto con su íntegra existencia, se moviliza para salvar aquello que es su sola razón de vivir: el mundo concreto de sus posibilidades.

Raquel Forner vive con su tiempo y su realidad; su pintura no es la unilateral y frecuente faceta de gran parte de la pintura actual. Cada uno de sus cuadros es una totalidad, concentración y resumen de todo lo que el arte ha sido capaz de expresar con los medios que le son propios. Tiene el color y el claroscuro de un Tintoretto, la composición de un Rembrandt y el drama de un Gericault.

Raquel Forner es un artista equipada de todos los recursos técnicos posibles. Dibujo, color y composición están perfeccionados, depurados, limpiados de materias extrañas, sin caer por ello en el convencionalismo purista de muchos modernos. Nada más lejos de ella que el nuevo academicismo que se elabora en las fórmulas y las imágenes tomadas de creaciones originales. En arte existen los copistas y los creadores. Los primeros son los que imitan o traducen, ya sea la obra creativa ajena o la realidad; los segundos son los que interpretan ya sea el arte a través de la historia o la realidad en su convivencia con ella. Raquel Forner se viste con el ropaje que le es propio y que corresponde exactamente a su sentir. Estilo y cromatismo simbolizan ajustadamente el drama que interpreta. Pero lo que se manifiesta en su obra es el drama del mundo;

* Antonio Berni (1947). "Raquel Forner". En revista *Ars*. Buenos Aires: año 5, n° 32, s/p.

tanto se hace presente este drama, que toda su expresión resulta una angustiosa alegoría del propio drama. Ella vive el exilio moral. Alambrados de púas intentan encerrar su mensaje para que se pierda en el aislamiento infecundo.

La personalidad de esta artista es una fuente inagotable de sugerencias, no sólo por lo que ella nos dice del mundo exterior sino también por todo lo que es capaz de reflejar de su rica psicología individual. Cada detalle de su obra es una puerta abierta a la meditación. Sensibilidad alerta, recelosa como un gatillo de pistola, dispara al menor estímulo. Por otro lado esconde una gran ternura que la une siempre a las inquietudes de sus semejantes: la sangre de los otros gotea de sus propias manos heridas; las redes que pinta son las rejas de la celda de los prisioneros de los campos de concentración.

Lo significativo y extraordinario en Raquel Forner es el hallazgo de los medios expresivos personales singularmente ajustados al sentido de la obra y a la obsesionante unidad de la forma y contenido. Los elementos formales del arte varían y se transforman en cada etapa de la historia. En la Edad Media todo se expresaba con la proporción gótica así como el barroco por su estilo abierto, y los tiempos modernos del impresionismo por la atomización formal. En el caso de esta artista, nada de formas caducas con nuevos contenidos, ni inversamente, sino forma y contenido vivientes.

La realidad y los hechos humanos no son fenómenos estáticos que se registran simple e indiferentemente en cualquier estilo. No. Todo cambia y se transforma a los ojos del verdadero artista que interpreta actuando como crítico que anhela, a su vez, transformar el mundo, objeto de sus preocupaciones. Raquel Forner tiene estilo propio y estilo de época. Afirmamos esto como afirmamos la doble personalidad que Delacroix manifiesta en su propio arte y en la representación romántica de su siglo.

Podríamos definir a Raquel Forner diciendo que es el resumen de la sensibilidad valeriana y bretoniana a la vez. Valery construía su obra tomando su material del pensamiento puro, realizándolo racionalmente como un ingeniero construye un puente; Bretón realiza su obra en autómatas, tomando sus materiales del subconsciente irracional.

Esta síntesis aparentemente paradójica, es de una magnífica evidencia en la pintura de Raquel Forner.

Tenemos en la obra de esta artista un ejemplo de equilibrio, ordenamiento y composición. Hay clasicismo riguroso en la distribución de las imágenes y claridad meridiana en los colores vibrando a través de luces y sombras en interminables y poéticas variantes. De lo general se pasa a lo particular sin que la obra desfallezca un instante. Cada imagen, la más irracional, se vivifica: las manos cortadas, los brotes emergiendo de entrañas infecundas, sugestionan por su fuerte plasticidad.

Como el telescopio descubre en un paisaje lejano un mundo escondido e ignorado, o un cuchillo nos muestra el gusano en el corte de una hermosa manzana, así la obra de Raquel Forner, por el milagro de su mágica visión, es una permanente exploración sensible en el individuo al que pone en evidencia con los recursos del puro color y de la forma pura.
